

Madrid, 15. 02. 1981

Alumnos de C.O.U.
C.E.U. San Pablo
C/ Claudio Coello

Mis queridos... Bueno, ya tenemos el primer problema. ¿Cómo llamaros?
¿Amigos, alumnos, torturados? La verdad es que no sé. Quizá seáis un poco todo eso.

Mi querido cada uno, desde Juan Carlos Barrios hasta José Vizoso, pasando por Isabel Juliá: Un saludo cordial y fresco, como el que quisiera daros cada mañana y que se queda, casi siempre, en un tímido “¡buenos días!”.

He recibido una carta casi telegráfica, firmada por la misteriosa sigla ‘D1’, y dirigida a “la Filosofía”, para colmo de laconismo impersonal. Pero llegó a mis manos acompañada de un mensaje que hablaba de distancia, desconocimiento, desinterés y falta de calor humano. Y me habéis tocado en carne viva. De pronto vi en aquel papel, casi todo él en blanco, una señal patente de lo que nos está pasando: están por trazar casi todas las líneas de ida y las de vuelta. Después de tantas mañanas frente a frente, falta aún un gesto en el aire, un rayo que traspase y pueble este espacio vacío que nos separa.

¿Por qué esas cosas tan tenues, tan frágiles, son las más difíciles? ¿Por qué lo decisivo ha de estar a merced del azar de un acontecimiento gratuito? ¿Si supierais que es la complicidad de entenderos a fondo cuando hablamos con las palabras y los esquemas de otros, de veros por dentro y pensar juntos mientras rehacemos nuestra vieja historia, de inventar nuestra temblorosa existencia mientras damos vida a nuestros huesos secos..., si supierais que es eso lo único que me anima a retornar cada mañana!

Llevo una temporada dándole vuelta a estos asuntos. Y después de analizar el sistema de enseñanza, sus contradicciones, su frenética ansiedad y competencia para no ir a ninguna parte, sus contenidos huecos e inertes, su rutina y su pesadez de mastodonte; después de segregarse bastantes malos humores por causa de la hipocresía torpe y cruel de esta sociedad que se resiste a desenmascarar su verdadero rostro inhumano y canalla, termino siempre en el mismo sitio: aquí. Vosotros y yo, frente a frente, cada mañana, ¿qué somos capaces de hacer? Ese es el reto levantado entre tanto desencanto y tanta rabia.

A mi me resultaría mucho más fácil si vosotros fuerais genios y héroes. Y a vosotros todo os sería más grato si yo os lo diera resuelto. Pero no lo nuestro no es un cuento, ni un sueño; es la vida de todos los días. Nada más, pero tampoco nada menos. De mí sólo puedo deciros que estoy aquí para vivirla y ganarla intensamente. Ya me entendéis; no me refiero al dinero. Me refiero a ese pulso que cada día hay que echarle a la desgana, la vulgaridad y el aburrimiento. Ganar la vida es inventarla, lúcidamente y de la mano con otros. Por eso necesito estar cerca de vosotros: para descubrir juntos el fondo de nuestras raíces, para desatar los nudos que nos ahogan y para vislumbrar el alcance de nuestras ansias más sutiles y afiladas. ¿Sabéis? Pensar, lo que se dice pensar, respirando hondo y gozando, sólo se puede hacer con otros, instigado por ellos y para ellos. Y sólo cuando el calor y la acogida se notan, se puede ser crítico sin abrigar rencor. Y eso es la filosofía: saber para ser libres, para volar, para acariciar las cosas como saber hacerlo la luz. Si esta tarea os interesa, y hasta os apasiona, podéis contar conmigo, sin reservas, incondicionalmente. Ya sabéis donde está mi casa y aquí tenéis la llave. ¡Adelante!

De verdad me gustaría que algún día podamos despedirnos como amigos.

Un abrazo muy fuerte, entrañable.

eugenio f.